

MIGUEL A. FERNÁNDEZ Y FERNÁNDEZ

Las guerras que nos vienen

19 DE OCTUBRE DE 2006

MIGUEL ÁNGEL FERNÁNDEZ Y FERNÁNDEZ

NACIÓ EN VIGO. INGRESÓ EN LA ARMADA EN 1958.

MASTER EN «MANAGEMENT» POR LA «NAVAL POSTGRADUATE SCHOOL» DE MONTERREY, CALIFORNIA. DIPLOMADO EN GUERRA NAVAL.

HA SERVIDO EN NUMEROSOS BUQUES, MANDANDO TRES DE ELLOS. FUE AGREGADO NAVAL EN ALEMANIA Y EN WASHINGTON; JEFE DE INTELIGENCIA DE LA ARMADA DURANTE LA GUERRA DEL GOLFO; ALMTE. JEFE DEL ESTADO MAYOR DE LA Z.M. DEL CANTÁBRICO Y ALMTE. DEL ARSENAL DE FERROL. FINALIZÓ SU TRAYECTORIA COMO CONSULTOR «SENIOR ADVISER» EN EL MANDO DE TRANSFORMACIÓN DE LA OTAN. CUENTA CON LAS MÁS ALTAS CONDECORACIONES NACIONALES E INTERNACIONALES.

PRIMER PREMIO DE DIBUJO Y PINTURA EN LA BIENAL DE SANTA ISABEL DE FERNANDO POO EN EL AÑO 1968, TIENE EN SU HABER NUMEROSAS EXPOSICIONES EN ESPAÑA Y EN EL EXTRANJERO. ADEMÁS DE PINTAR, ESCRIBE POESÍA E ILUSTRAR REVISTAS, PUBLICACIONES Y LIBROS, HABITUALMENTE EN SU ESTUDIO DE LA GRAÑA, FERROL.



EL MARCO DE REFERENCIA

Vargas Llosa, en un artículo en El País del pasado mes de septiembre y con referencia a una nueva serie de TV, decía «...si esta ficción no rezumara por todos sus poros uno de los peores terrores contemporáneos, que, como el pánico a la peste negra en la Edad Media o la tuberculosis en el siglo XIX, se ha apoderado de los espíritus occidentales desde el 11-S: la bomba que hará volar en pedazos el avión, el metro o el tren en que viajamos, o la operación que infectará de microbios homicidas el agua que bebemos o el aire que respiramos, e interrumpirá nuestro sueño tranquilo o nuestro trabajo en la oficina con aquella cegadora explosión que nos convertirá en polvo radiactivo».

La situación general es preocupante. Las acciones de los terroristas islámicos no corresponden a impulsos aislados sino a una estrategia premeditada. Nadie, ni los diplomáticos más optimistas, puede imaginar que va a cesar el derramamiento de sangre en Irak, el Líbano, los territorios palestinos, Israel o Afganistán. Corea del Norte lleva a cabo su primer experimento nuclear. Ahmadinejad en Irán rechaza la resolución de la ONU para suspender su proceso «ilegal» de enriquecimiento de uranio, con objeto de construir una bomba atómica. Los neo-conservadores en los EEUU interpretan esta negativa como una agresión y demandan un ataque contra sus instalaciones militares. Estos neo-cons ven inevitable la lucha de culturas, el occidente civilizado contra los fascistas del Islam radical. Se habla de los prolegómenos de la 3ª guerra mundial.

Hamás impone su programa de islamización. El Islam radical y extremista domina la agenda del mundo árabe; quieren expulsar a los infieles, cruzados y judíos de la tierra del Islam, propagar la guerra santa y reconquistar Al Andalus, y no les importan los métodos.

El aumento de tropas de los EE UU en Bagdad no frena la violencia en Irak. EEUU ha tenido hasta hoy 2758 bajas en este país. Los muertos diarios, civiles y militares se cuentan por docenas.

La OTAN perdió a nueve soldados en su primera semana de control de la ISAF del sur de Afganistán. La ISAF, la fuerza internacional para la seguridad en Afganistán, cuenta con 10000 soldados de 37 países, entre ellos España. Se pretende que sean 18000 a final del presente año 2006. El Mando de operaciones de la OTAN en ese lejano y exótico país pide refuerzos pues se ha encontrado con una resistencia inesperada.

LA AMENAZA

El entorno de seguridad actual en el mundo está determinado fundamentalmente por el fin de la guerra fría, el terrorismo global, los problemas originados por la contaminación, los movimientos migratorios masivos y los enfrentamientos religiosos o étnicos. Esto lleva a que las relaciones estratégicas internacionales estén condicionadas por nuevas amenazas no localizadas geográficamente ni relacionadas con un Estado en particular. La desaparición de la amenaza soviética fue un drama para muchos países confortablemente embarcados en proyectos militares hechos a medida para aquella situación. La industria mundial de defensa, los sesudos estados mayores, las escuelas de estudios estratégicos, todos estaban desorientados, sin ver la luz. Sin embargo, después del 11-S, los EEUU y sus aliados encontraron un enemigo que durará por muchos años o para siempre: el terrorismo. Por otra parte, este enemigo debe de hallarse feliz por haber sido bautizado como la «amenaza asimétrica», con lo que gana en legitimidad.

No creo que nadie niegue que el terrorismo es una amenaza que aumenta cada día. Los ataques del 11 Sep. 2001 en NY, del 11-M en Madrid o al metro de Londres, indican claramente que el terrorismo no es un problema que tenga que ser confinado al Medio Oriente o sur de Asia. Los grupos terroristas demuestran que pueden actuar globalmente.

Al Qaeda ha declarado la guerra a Occidente y a los regímenes corruptos de Oriente Medio. Decía Oriana Fallaci, recientemente fallecida y siempre recordada, que «... no queréis entender que estamos ante una guerra de religión... que ellos llaman yihad. Guerra Santa... que mira a la conquista de nuestra libertad y de nuestra civilización. Al aniquilamiento de nuestra forma de vivir y de morir, de nuestra forma de rezar o de no rezar, de nuestra manera de comer, beber, vestirnos, divertirnos o informarnos... no queréis entender que si no nos oponemos, si no nos defendemos, si no luchamos, la yihad vencerá y destruirá un mundo que, bien o mal, hemos conseguido construir, mejorar, hacer un poco más inteligente, menos hipócrita...destruirá

nuestra cultura, nuestro arte, nuestra ciencia, nuestra moral, nuestros valores y nuestros placeres».

Los EEUU, la Alianza Atlántica o la Unión Europea nunca habían considerado con seriedad el ritmo de crecimiento del entonces potencial enemigo y hoy enemigo oficial, el terrorismo internacional. Fue un crecimiento lento pero continuado, de forma que no se notó la importancia de su peligro hasta que ya fue demasiado tarde. El terrorismo tiene un «tempo» diferente y grandes dosis de paciencia. Los terroristas se mueven en silencio, en la sombra, tienen el ojo del tigre y el olfato del tiburón, algo que en occidente se perdió después de muchos años de «cómoda» guerra fría. Quizás ésta es la razón por la que no ha habido atentados en EEUU desde el 11-S, aparte de por el refuerzo de las medidas de seguridad. Es muy sencillo: los terroristas no tienen prisa.

Es obvio que conviene ir a los orígenes del problema pues, de lo contrario, nunca lo entenderemos ni podemos esperar éxitos en el establecimiento de políticas adecuadas para disminuir o neutralizar la amenaza. Esto no quiere decir que comprender el problema signifique que automáticamente podamos solucionarlo, pues siempre habrá jóvenes fanáticos sin otra cosa que perder más que su propia vida, listos a morir por su causa, por su religión o por dinero. Siempre habrá gente pobre acusando a gente rica mientras haya tiranías, dictadores o imperios sojuzgando y manteniendo en la pobreza, la ignorancia y el hambre a millones de personas. No parece difícil identificar las raíces del odio, las «heridas abiertas» como las llama Sami Naïr. Otra cosa es cómo enfrentarse a ellas.

Las guerras que nos vienen tienen como una de sus características principales que la violencia ya no pertenece a Estados formales y se aplica contra los civiles mediante el terrorismo global, las redes del crimen organizado y los extremismos nacionalistas o religiosos. En los terribles atentados del 11-S atacaron las formas visibles del poder económico, político y militar.

El enemigo de nuestras sociedades no tiene cara conocida, no es un Estado determinado, está extendido por numerosos países y utiliza ese difuso, inaprensible nuevo poder mundial, la red, Internet, desde donde, en un abrir y cerrar de ojos, con enorme facilidad, tanto se dan consignas terroristas, como se difunden instrucciones de uso de explosivos, de armas de destrucción masiva y tácticas sangrientas, como se convoca a una reacción humanitaria contra la guerra, contra el terror o contra las intervenciones armadas.

EL VACÍO LEGAL

El terrorismo ha borrado la distinción entre guerras y violación de los derechos humanos, entre muertes legítimas, si es que alguna lo fuera, y asesinatos.

Los argumentos utilizados para justificar las acciones preventivas contra lo que se ha dado en denominar Estados «fallidos» se vuelven fácilmente por pasiva para legitimar por la otra parte los actos de terrorismo. Las guerras, tanto las legítimas o bendecidas por las Naciones Unidas, como las ilegítimas, devienen en combustible para alimentar el fuego de la causa terrorista. La conclusión lamentable es que guerra y terrorismo se realimentan entre sí.

Si mal no recuerdo, fue el ex presidente Aznar el que propuso hace bastantes años en la UE una reflexión seria y un acuerdo sobre el terrorismo. En aquel momento, como este tema sólo le escocía a España y a pocos más, la cosa no fue considerada en toda su importancia, que evidentemente ya tenía, y la propuesta fue desestimada. Hubo que esperar al 11-S para que toda la comunidad internacional se aliase con los EE UU y contra el terrorismo.

La cuestión sobre la legitimidad del terrorismo parece que, afortunadamente, ya no es un tema de debate. Hoy en día ya no es aceptable hablar de un terrorista como de un «legítimo» y presunto luchador por la libertad, ni es el momento de discusiones sobre el terrorismo de Estado. El derecho de resistir a una ocupación debe de entenderse en su justo significado y no puede incluir la matanza deliberada de civiles.

Llevamos años de discusiones para encontrar una definición consensuada para el terrorismo. Las Naciones Unidas, en la voz de K. Annan, afirman que cualquier acción constituye terrorismo si intenta causar la muerte o daños severos a civiles o no combatientes con el propósito de intimidar a la población o impulsar a un gobierno o a una organización internacional a hacer o a abstenerse de un acto. Según las Naciones Unidas, el terrorismo contra civiles es un crimen, incluso cuando se comete por una aparente causa justa. Al igual que la tortura, el genocidio, la limpieza étnica y la esclavitud, el terrorismo nunca jamás podrá ser justificado.

La Carta de las Naciones Unidas no intenta prohibir la guerra bajo cualquier circunstancia, y su artículo 51 reconoce el derecho inminente de legítima defensa individual y colectiva. El artículo 42 otorga al Consejo de Seguridad el poder de autorizar acciones de las fuerzas armadas para mantener o restablecer la paz y la seguridad internacional, estando, en todo caso, los Estados obligados a respetar los usos de la guerra. De la lectura de ambos se puede deducir que estas acciones incluyan las preventivas para impedir ataques inminentes. Después de la adopción de la Carta de las Naciones Unidas en 1945, la descolonización y la lucha por la independencia de pueblos que se consideraban sin Estado provocaron que la mayoría de los conflictos que ha sufrido el mundo hayan sido debidos a intentos de secesión. Esto dio lugar a lo que se puede denominar viejo terrorismo del siglo XX, el que conocíamos antes de que la globalización. El 11-S y la extensión del islamismo radical nos han introducido desafortunadamente en el «nuevo» terrorismo del siglo XXI, que va más allá de simples intentos de secesión, pues tiene ambiciones transnacionales.

Es necesario complementar las leyes existentes para que ningún pueblo que se considere sin Estado pueda creer legítimo optar por soluciones violentas si cuenta con medios pacíficos y democráticos para hacer oír su voz. Se hace necesario revisar el actual cuerpo de doctrina internacional, aunque sea evidente que para llegar a ello va a ser preciso un largo y difícil debate.

El orden internacional está creado por la fuerza, preservado por la fuerza y respaldado por la fuerza. La ley internacional es la forma particular de orden que se ha adoptado para construir una economía global, pero la fuerza es la que establece ese orden. La fuerza ha de ser usada dentro de un marco legal, y si se hace de forma multinacional, o sea, compartida entre varias naciones, aún mejor, pues se escapa de la sospecha de imperialismo.

Si los Estados se debilitan, si la violencia se vuelve barata y los Estados pierden el monopolio de la misma, si el desorden crece, las perspectivas de una sociedad internacional regida por ciertas leyes se desvanecen. Eso no quiere decir que haya que rendirse al intento de condicionar el empleo de la fuerza a la ley. El objetivo a perseguir es una sociedad gobernada por unas leyes que permitan controlar las fuerzas desatadas por la revolución tecnológica.

Hace pocas semanas saltó a la prensa el caso del seguimiento de transferencias de dinero internacionales por el Gobierno de los EEUU en su lucha contra el terrorismo. El Acceso a los datos del SWIFT (Society for Worldwide International Financial Transfers) se ve como una medida necesaria por unos y como una intolerable intromisión en la privacidad, además de un alto riesgo de corrupción, por otros. La polémica está servida, pero vivimos en otros tiempos y hay que legislar para ellos y no para el siglo pasado.

Y, más recientemente, el Consejo de Seguridad de la ONU ha dado una muestra más de impotencia y de incapacidad para acordar sanciones o represalias contra quienes violan sus resoluciones, en el caso de las pruebas nucleares de Corea del Norte.

Se da la paradoja de que los países que cuentan con armas nucleares y que coinciden con los que forman el Consejo de Seguridad de la ONU no tienen mucha fuerza moral para prohibir a otros países que las desarrollen.

Habrà que transformar nuestros conceptos legales y tener en cuenta las nuevas realidades: que para hacer frente a las nuevas amenazas a las que se enfrenta nuestra sociedad pueden ser necesarios el empleo preventivo de la fuerza y las operaciones encubiertas, y para ello se necesita reconocimiento legal y el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas ha de ser capaz de dárselo. Lo que no se puede es seguir como si nada hubiese ocurrido o pensar que el sistema legal del siglo pasado todavía es válido y debe permanecer intocable ante la desgraciada realidad del terrorismo.

RAZONES Y SINRAZONES

En siglos pasados, e incluso en el muy próximo siglo XX, se justificó la guerra invocando una alta meta: extensión de un nuevo mundo socialista, impedir la expansión del comunismo, preservar el balance de poder, imponer la doctrina de la Iglesia, extender las enseñanzas del profeta, etc. Hoy en día se invoca la estabilidad del sistema internacional, el territorio sagrado de la patria, el destino histórico de la nación, la ley internacional, la aspiración de hacer del mundo un lugar más seguro para la democracia, la civilización, el socialismo o algo similar con lo que tranquilizar las conciencias y no perder votos.

Si se tiene éxito, el acto resulta justificado en términos de los valores de la sociedad que gana la guerra y se demoniza a los derrotados. Incluso cuando, a toro pasado, se juzga que el uso de la fuerza pudiera haber sido equivocado, bien por error o por carencia de legitimidad, se ha tratado de encontrar la retórica adecuada a la ocasión, siempre con la idea superior de obrar en bien de la humanidad. La intervención se justifica, pues, si se concibe como una defensa propia para preservar la ley y restablecer un orden que permita continuar con el ritmo imparable de la economía global, o sea, seguir haciendo negocios.

Vivimos en una economía global y la globalización precisa de paz, orden y de un marco legal de referencia en el que la ley civil internacional sea de importancia vital. La globalización ha roto las fronteras tradicionales que regían las relaciones económicas y sociales de los países. Las economías abiertas al comercio y a la inversión se han quedado también expuestas a la influencia de lo que sucede en el extranjero. El terrorismo, el tráfico de drogas o de personas o el blanqueo de dinero, aunque suceda lejos de un país, puede poner en peligro su seguridad. Asimismo, los efectos de guerras lejanas inciden directamente en la economía, el empleo y las inversiones perdidas.

Este mundo globalizado se ha vuelto muy vulnerable por su carácter abierto y porque nunca ha sido más fácil el comercio sin fronteras, los viajes y las comunicaciones y, por lo tanto, el intercambio de cosas buenas para la sociedad y el individuo, pero también de cosas malas. Es mucho más fácil causar serios daños a la economía mundial ahora que hace treinta años. El 11-S lo demostró y se ha convertido en un modelo para los desposeídos de Oriente Medio, que no desean otra cosa que repetirlo de la misma o parecida forma tantas veces como sea posible para provocar el caos.

La globalización representa una redistribución del poder que se aleja del Estado —con sus fronteras y su cultura— y favorece a lo privado, a las corporaciones, a las ONGs, al individuo, al criminal, en fin, a cualquiera que se pueda organizar para trabajar en un ambiente sin fronteras. Esta redistribución del poder se ve favorecida, al mismo tiempo, por el desarrollo de armas baratas y potentes. No es necesario recordar Vietnam, país en franca inferioridad tecnológica con respecto a los EE UU, para

comprender que las sociedades agrícolas, auto suficientes a nivel local, son bastante resistentes a la ocupación y difíciles de dominar sin una intervención prolongada. A nadie le gusta que le invadan su país y los españoles sabemos bastante de eso y de cómo comenzaron las guerrillas, así como tampoco necesita mayor explicación el hecho de que el ataque a nuestras sociedades por medios químicos, biológicos o electrónicos sea relativamente sencillo para individuos o grupos pequeños que tengan intención de sembrar el terror.

Esta situación es el caldo de cultivo en el que muchos consideran que surge la necesidad de intervención, si cabe, en mayor medida que nunca. Para que la globalización florezca el mundo necesita paz.

INTERVENCIONES Y PARADOJAS

Bush manifestó desde bien temprano su poca inclinación a mantener o firmar acuerdos internacionales que fueran en contra de sus intereses económicos o políticos. Cuando llegó el ataque brutal terrorista del 11 de septiembre, Bush encontró el pretexto que le serviría como justificación para mantenerse al margen de la legalidad internacional. «Con nosotros o con los terroristas». «Los EE.UU se rigen por sus propios intereses nacionales y no por una ilusoria comunidad internacional», como afirmó en su día la señora Rice. Esa fue la retórica del comienzo de la intervención en Irak.

Al no contar con un apoyo tan decidido como hubiera deseado y al no aparecer las armas de destrucción masiva, ni ser convincentes los vínculos con el terrorismo de Al Qaeda, EE UU trata de convencer de su esfuerzo en Irak, con argumentos tales como el de utilizar la democracia como una herramienta para la transformación social del país. De tal forma, EEUU combate ahora tanto o más por convencer de la legitimidad de su esfuerzo bélico que por la propia victoria en la guerra.

El uso de la fuerza total de destrucción de la que es capaz el ejército de los EEUU es algo impensable hoy en día. No lo fue en Vietnam, ni en Medio Oriente, y el caso es que perdieron en Vietnam y están estancados en una feroz continuación de la guerra en Irak contra una insurgencia que no desaparece, ni tiene trazas de desaparecer. EEUU desde Vietnam emplea una especie de ley del mínimo esfuerzo al hacer sus guerras. Después de la 2ª Guerra Mundial hay quien desea instaurar una sensación de culpa en los vencedores, un estigma que se lleva en forma de penitencia secular, según el cual cualquier eco del pasado produce una inmediata condena, que pretende llevar a la opinión pública mundial la idea de que EEUU solo ha provocado el mal en el pasado.

Una vez establecido ese sentimiento de culpabilidad, una vez sembrada la semilla de que lo que procede de este país es el origen de todos los males, sólo se

necesita ser antiamericano para ser bueno y creer que se tiene una ventaja moral sobre los EE UU. En el fondo, es un complejo de inferioridad de gente con una memoria selectiva, que olvidan las dos guerras mundiales, quién evitó el fascismo, quién evitó el comunismo y quién es el único que se enfrenta con decisión al terrorismo de los fundamentalistas del Islam.

Y esto impide percibir algo extraordinario: el hecho de que estamos alcanzando en el mundo occidental un alto grado de transformación moral, pues cada vez hay menos defensores de la sospechosa supremacía blanca, cada vez hay más respeto a las minorías o, al menos, eso parece. Pero, no nos engañemos, esto sólo sucede en democracias avanzadas. En otras sociedades somos testigos de la conculcación de los derechos humanos, de los odios religiosos, étnicos o tribales. Aquí está el germen de la incapacidad de diálogo entre diferentes culturas. Pero esta otra superioridad, no la étnica sino la ética, debe dar fuerzas y razón a nuestra sociedad para que podamos sentir de nuevo una autoridad moral para atender problemas globales importantes y, si se decide ir a la guerra, ha de ser con el respaldo de la razón y la fuerza, la determinación y la agresividad para ganar.

Nos encontramos con que a la hora del uso de la fuerza se produce una paradoja: si una nación trata de hacer con determinación lo realmente necesario para resolver un problema, como, por ejemplo, ganar una guerra o acabar con la inmigración ilegal, puede caer en la falta de legitimidad de sus acciones, en el caso de que utilice toda la fuerza de que dispone ya que, sin duda, será acusada de imperialismo o de reacción desproporcionada.

Y hablando de paradojas, el sociólogo británico Anthony Giddens mencionaba recientemente la que se produce cuando un gobierno debe manejar los riesgos de atentado. Cuanto más se dan a conocer esos riesgos, más posibilidades hay de prevenir los atentados; pero cuantos más atentados se previenen, más se preguntan los ciudadanos: ¿por qué nos asustan si, como se ve, no pasa nada?

ACTITUDES ANTE EL TERRORISMO

«Sólo la virtud civil puede traer la paz a un imperio; sólo la virtud marcial puede contener el desorden en la tierra. El experto en el uso de la fuerza militar tiene tres estrategias básicas a aplicar: la mejor estrategia es atacar la confianza del enemigo en su propia inteligencia; la segunda es atacar la confianza y la fe del enemigo en que está realizando una guerra justa; y la tercera es atacar las posiciones de combate enemigas».

Sun Tzu. *El Arte de la Guerra*.

El terrorismo nunca debe de ser legitimado. Por mucho que tanto los políticos europeos de una izquierda sin idea de Estado y de una derecha acomplejada, como los llamados especialistas en resolución de conflictos, la prensa o la diplomacia aconsejen profundizar en los orígenes y las raíces del terrorismo, eso sólo no va a resolver el problema. Cualquiera que sea el resultado de dichos estudios, un grupo que utiliza el terror, por muy loable que pudiera ser su objetivo, se deslegitima con la violencia. Recompensar la violencia siempre arrastra efectos de bumerán que se vuelven contra la iniciativa. Occidente no ha aprendido la lección. Las retiradas de Israel, por ejemplo, son interpretadas por los terroristas palestinos no como un deseo de paz si no como una victoria propia.

Los terroristas ven a Europa vulnerable, con su eterna idea de compromiso y sus continuas e inútiles advertencias. Como consecuencia de las bombas de Atocha, en Madrid, el electorado español condenó en las urnas al presidente del gobierno, con lo que el hecho de que se puede cambiar el sentido de unas elecciones convenció a los terroristas de que Europa era débil y maleable. La decisión de su sucesor de retirar inmediatamente las tropas de Irak, aparte de crear un gran malestar en EEUU y en la OTAN, garantizó que los europeos estarán en el punto de mira de los terroristas en los años venideros. Los extremistas del Islam seguirán usando el terrorismo porque les ha funcionado. Con esta actitud se ha hecho un flaco favor a la seguridad de Occidente, rubricando algo que lamentablemente ya se sabía: que con muy poco coste, los terroristas pueden obtener dramáticos resultados.

Es curiosa la dinámica del terror en los últimos tiempos. El secuestro se ha convertido en un arma muy efectiva, en comparación con los suicidas o las bombas de otro tipo. El efecto en los medios de comunicación ya no es tan grande. En este teatro del terror que son los medios de comunicación, hay que matar niños para que una bomba tenga acogida en las primeras páginas de los periódicos. A eso hemos llegado. Ante lo cotidiano del terror la audiencia se vuelve inmune. Antes un coche bomba acaparaba la atención mediática. Ahora explosiones con varias docenas de muertos ya no reciben más que un par de líneas.

El secuestro hace que los terroristas cambien esa dinámica. El hecho de que el rehén permanezca vivo proporciona el clima de suspense necesario para la noticia y para estar en las primeras planas de la prensa mundial. La negociación puede conseguir un éxito parcial a corto plazo pero, sin excepción, alimenta la proliferación del terrorismo. El diálogo es peligroso. En Irak la negociación de secuestros expandió la industria del secuestro. Las decisiones del gobierno francés e italiano de pagar los rescates propició que se realicen aún mas secuestros. Los terroristas calcularon, como decía antes, que los gobiernos de Europa son débiles y tenían razón. Uno se pregunta cómo deberían reaccionar los gobiernos a la toma de rehenes.

Se cometen actos terroristas cuando los criminales están seguros de que van a ganar más que perder. Solamente podrá cesar el terrorismo cuando el coste para los

criminales sea demasiado grande para ser soportado, cuando se ejerza presión sobre ellos, como antes decía citando a Sun Tzu, deslegitimando su presunto idealismo, haciendo que desconfíen de su propia inteligencia y de su fe en su causa. Por otro lado, es necesario incrementar las medidas policiales y militares, así como cortar a los terroristas las fuentes de financiación. Hay que ser conscientes, sin embargo, de que a veces las victorias a largo plazo conllevan tragedias a corto plazo y, para los políticos, supone un precio demasiado alto la exposición frontal a la opinión pública y el riesgo de pérdida de votos entre un electorado más propenso a la crítica y a una cómoda tolerancia que a la firmeza y a la asunción de responsabilidades. Las medidas diplomáticas, la comprensión, el diálogo, la negociación, no han demostrado, hasta la fecha, ninguna eficacia en esta lucha.

Volviendo a Oriana Fallaci, hace muchos años ya decía: «...qué sentido tiene respetar a quien no nos respeta? ¿Qué sentido tiene defender su cultura o presunta cultura, cuando ellos desprecian la nuestra?».

¿Es que vamos a negociar con los terroristas islámicos que secuestraron y cortaron la cabeza del periodista del Wall Street Journal, Daniel Pearl, que sólo querían humillar, nunca negociar? ¿Se podía negociar con un Al Zarquawi, que ya en 2005 afirmaba que habían declarado una guerra amarga contra la democracia? ¿Nos ofrece más confianza, quizás, la organización Hamas, cuando el artículo 13 de su Carta deja claro que «...las iniciativas de paz son contrarias a la resolución del problema palestino y a las creencias del movimiento islámico de resistencia. Renunciar a parte de Palestina es renunciar a parte de la religión. El nacionalismo del MIR es parte de su fe... y el movimiento educa a sus miembros a izar la bandera de Alá sobre su patria y a combatir su Jihad».

Negociar con creencias no sólo legitima al extremismo sino que lo estimula. Negociar con un grupo cuyo objetivo es la destrucción de un estado o de un pueblo es inútil e inaceptable. Las creencias e ideologías deben ser dejadas al margen.

Sin embargo, muchos gobiernos temen tomar partido por la acción, temen que se propicie un ciclo de violencia, pero los terroristas no necesitan una razón para atacar. En las democracias puede ser difícil llevar a cabo acciones decisivas contra los terroristas, pero son necesarias. Los políticos tienen que entender que su deber es proteger la seguridad de su nación y no ganar popularidad en los sondeos de opinión. Las naciones democráticas no deben olvidar que se encuentran ante una comunidad internacional que trata de disculpar a los terroristas y culpa a las víctimas, es decir, las democracias occidentales, incluso Israel, por las acciones de los terroristas. Si las democracias no defienden su legitimidad nadie lo hará por ellas.

Por dar otro ejemplo también fresco de un «casi» terrorismo social, el Ministerio del Interior decidió suspender la cumbre de ministros de Vivienda prevista para este mes de octubre por razones de seguridad, amenazados por ocupas y grupos radicales. Parece evidente que los políticos no han querido asumir el riesgo de que los

posibles incidentes fueran en su contra en las elecciones. No se puede decir que fuera una medida ejemplar.

CIVILES, OBJETIVO DE GUERRA

El conflicto reciente entre Israel y Hizbollah se caracterizó por las matanzas de civiles, los movimientos de masas y los ataques a la infraestructura civil. Las evidencias, la forma de los ataques, el elevado número de víctimas civiles y las declaraciones de ambas partes indican que se cometieron continuamente violaciones de las leyes de la guerra por los dos bandos que deberían de haber cumplido las leyes humanitarias de la guerra, los principios de proporcionalidad y de inmunidad civil, así como la ley internacional criminal.

El acto criminal ocurre cuando un ataque intencionado se dirige a civiles o bien se sabe que el objetivo militar perseguido provocará un número de muertes civiles excesivo.

Amnistía Internacional exige que los contendientes se sometan a las siguientes reglas:

- Prohibición de ataques contra civiles.
- Prohibición de ataques indiscriminados que no distingan blancos militares de civiles.
- Prohibición de ataques que, aunque sean contra un blanco militar legítimo, tengan un impacto desproporcionado en civiles.
- Asegurar que se garantizará el acceso a civiles necesitados.
- Trato humanitario a todos los prisioneros y heridos.
- Medidas para proteger a la población civil y no situar objetivos militares entre concentraciones civiles.
- Asegurar que todas las violaciones a la ley serán llevadas a la justicia garantizando reparaciones a las víctimas de violaciones.

Existen cuestiones de la máxima importancia que surgen de este conflicto, aunque bien se pueden aplicar a cualquier otro:

PRIMERA: ¿cuál es un blanco legítimo en respuesta a un ataque terrorista? Las leyes de la guerra no definen objetivos civiles; en cambio, definen como objetivos militares aquellos que por su «naturaleza, localización, propósito o uso» contribuyen a la eficacia militar del enemigo y cuya destrucción sirve como ventaja al atacante. Esta es una definición bastante ambigua, puesto que quedan en nebulosa las plantas de energía o las torres de TV o de comunicaciones. El ataque contra carreteras

o infraestructuras civiles sería considerado ataque contra la «moral» de la población y también estaría contra la ley.

SEGUNDA: ¿cómo se puede afirmar que la respuesta es desproporcionada? Lo único que dice la regla de la proporcionalidad es que un ataque no debe causar daño a la población civil que sea «excesivo» con respecto a las ventajas de neutralizar ese objetivo militar. Se admiten las víctimas civiles. El problema es que no sean muchas... Además, el atacante deberá avisar a los civiles de los futuros ataques, proporcionar una evacuación segura y dar ayuda humanitaria.

Y ¿qué es excesivo? Los ataques de Hizbollah fueron claramente ilegales, pues se dirigieron contra civiles de forma indiscriminada, lo que dio a Israel el derecho a responder en defensa propia. ¿Se puede juzgar excesiva la respuesta israelí porque han muerto más civiles libaneses que civiles israelíes por los ataques de Hizbollah? Desgraciadamente, las ambigüedades de la ley hacen muy difícil dar una respuesta objetiva a esta cuestión.

Como se desprende de lo dicho, el hecho trágico de muertes civiles puede ocurrir en una operación legítima militar, o sea, que los civiles no disponen de inmunidad absoluta, hecho que está también recogido en la ley internacional criminal y en el estatuto de Roma.

Algo está claro, violencia engendra más violencia o, como decía un viejo profesor con su peculiar y escasa pero contundente elocuencia: «...es que cuanto más eso,... pues más eso».

LAS GUERRAS DE LA INFORMACIÓN

La guerra de la información (GI) es el uso ofensivo y defensivo de la información y de los sistemas de información para negar, explotar o destruir la información del adversario, sus procesos, sus sistemas y redes de información y ordenadores, al tiempo que se protegen los propios. Estas acciones están dirigidas a adquirir una ventaja política, militar o comercial sobre un adversario.

Decía Sun Tzu, tantas veces citado, que alcanzar 100 victorias en 100 batallas no es lo mejor. Mejor es someter al ejército enemigo sin necesidad de combatir.

Quizás aquí resida la idea de este tipo de guerra que se dirige especialmente a las cuatro infraestructuras más críticas de un país: la energía eléctrica, las comunicaciones-mando y control, las finanzas y el transporte.

A estas alturas no es ningún secreto que agentes norteamericanos se infiltraron en el Parlamento Europeo y La Comisión Europea como parte de la campaña de espionaje internacional dirigida a robar secretos económicos y políticos, acción que fue

facilitada por el hecho de que los ordenadores europeos habían sido producidos por compañías norteamericanas. También se utilizó el espionaje contra el GATT, General Agreement on Tariffs and Trade.

Desde el punto de vista defensivo, los países han de tomar ciertas medidas, como el establecimiento de normas de seguridad para las redes informáticas del sector privado y acordar entre los diferentes actores estatales una política de cifrado de documentos. También el MOD debe de actuar en cierta forma independiente y desarrollar su propio sistema de comunicaciones en caso de ataque informático.

Un ataque informático puede evitar, ciertamente, pérdidas humanas directas, pero puede desencadenar muertes y daños indirectos, pues si atacas la infraestructura de otro país, con toda seguridad se cerrarán, inutilizarán o destruirán hospitales, aviones, trenes etc, de forma que hay un alto riesgo de exponer a la población a la privación y al hambre y de que se nieguen atenciones médicas a mucha gente. Los «daños colaterales» pueden ser enormes.

Un ejemplo de ataque informático fue el virus llamado «Love Bug Virus», cuyos daños se han cifrado en billones de dólares. Nuestros gobiernos y sus organizaciones de inteligencia han de tomar medidas que protejan las infraestructuras esenciales y, en especial, las redes de ordenadores, que son ya absolutamente vitales para la supervivencia de un país y del sistema económico y social que hemos suscrito en occidente.

Hasta ahora, los ataques electrónicos han sido contra organizaciones comerciales en lo que parece ser como una preparación para algo todavía más serio. Un ataque de naturaleza cibernética combinado con acciones terroristas de otro tipo puede poner en serios aprietos la estabilidad de cualquier país de la Alianza. Esta forma de guerra asimétrica es lo suficientemente seria como para que la integremos en nuestros planes de defensa futuros.

Esta nueva forma de actuar plantea serios aspectos legales. Si un ejército de otro país invade el propio se considera una causa justa para declararle la guerra. Pero si llevan a cabo un ataque a las redes de ordenadores de las infraestructuras del otro país, ¿es esa razón suficiente para ir a la guerra? ¿Y para ir a la guerra contra quién? La respuesta es que nadie lo sabe. La Carta de las Naciones Unidas, en sus artículos 2 (4), 38, 39, se refiere a conceptos formales de fuerza armada, ataque armado o agresión armada, pero no está claro en absoluto si estos conceptos se pueden aplicar a un ataque cibernético, aunque sus efectos pudieran ser tan graves como los de un ataque convencional. Como decía anteriormente, hay que legislar para el siglo XXI.

Desde el punto de vista ético el uso de la GI con propósitos inmorales o faltos de ética, que causen daños injustificados a la población civil de otra nación para presionar a sus líderes, no es lícito. A pesar de ello y con todas las limitaciones propias del caso, las naciones están desarrollando su capacidad de GI.

ASPECTOS MILITARES

Las armas

Cada época marcada por una gran guerra ha sido testigo en la historia del nacimiento de nuevas armas que se adaptaron al desarrollo industrial o técnico de la sociedad de aquel tiempo. Así, pensando en el pasado, vienen a la memoria la pólvora, el arco, la flecha, la armadura, la alabarda, la ametralladora, el tanque, los aviones y los portaviones, sin olvidar la bomba atómica.

La guerra actual contra el terrorismo no es una excepción. Vivimos en un mundo dominado por la informática y las nuevas guerras tendrán esa característica fundamental. No obstante, no hay que olvidar que en los atentados del 11-S los terroristas utilizaron aviones en lugar de armas convencionales y que el acceso a armas de destrucción masiva químicas, biológicas o nucleares es algo relativamente sencillo para grupos que estén dispuestos a sembrar el terror.

Brevemente se describen algunos desarrollos puntuales concebidos para las guerras que nos vienen, muchos como consecuencia de la amenaza asimétrica, otros aplicables a guerras convencionales:

Entre los ingenios ofensivos figuran:

- El Predator, un vehículo aéreo, no tripulado, preparado para identificar y atacar fuerzas hostiles. Se usó inicialmente en Bosnia y Kosovo, ahora está equipado con misiles «Hellfire» de reacción inmediata.
- El JDAMs (Joint Direct Attack Munitions), bomba de precisión guiada por láser y sistemas de GPS. Puede ser lanzado desde cualquier reactor o bombardero de la Marina o del Aire bajo cualquier condición meteorológica a 25 km del blanco.
- Otros desarrollos novedosos caen en el campo de los cañones láser, los sensores remotos, sofisticadas comunicaciones submarinas, redes avanzadas de ordenadores, programas de inteligencia artificial y robots.
- Un ingenioso y peculiar invento es el Vehículo aéreo orgánico, que pesa menos de tres kilos, de unos treinta centímetros y detecta enemigos escondidos en el bosque o en ambiente urbano.
- El Hummingbird es un HC no tripulado que puede llevar 160 kilos a 2500 millas y estar en vuelo 40 horas. El Global Hawk es un avión no tripulado que voló sin escalas de California a Australia. Es evidente el énfasis en el desarrollo de vehículos no tripulados que puedan evitar pérdidas humanas.

Entre las medidas defensivas podemos citar:

- Instrumentos para detectar ántrax en oficinas de correos y edificios.

- La defensa contra la guerra química y biológica, en general y en todas sus facetas, se está llevando grandes partidas del presupuesto de muchos países.
- Cada día entran en vigor nuevas tecnologías para mejorar la seguridad aérea, como un escáner facial, el robot para detección de explosivos escondidos, el desactivador a distancia de bombas sin necesidad de destruirlas, el rastreador de vestigios de armas químicas, biológicas o atómicas en el pelo, piel, vestidos, cuerpo, o las huellas de voz para identificar terroristas que emitan mensajes radiofónicos.

Operaciones de mantenimiento de la paz

Muchas naciones, entre ellas España, están formando parte de operaciones de mantenimiento de paz, de estabilización o de reconstrucción tanto en coaliciones como en la OTAN, por lo que no estará de más echar un vistazo a la problemática que plantea esta clase de operaciones y ver qué tipo de organización y medios son necesarias.

Se tiende a que el combate tradicional se lleve a cabo con fuerzas más reducidas, móviles y con gran capacidad letal. Sin embargo, en la recuperación del país, en el proceso de normalización y pacificación después de un conflicto bélico, se necesitan tropas no tan sofisticadas pero sí en mayor número para ejercer la presencia y permanencia necesarias.

Las dos operaciones, la de combate y la de mantenimiento de paz, han de formar parte de un mismo plan, pues ambas tienen la misma importancia y ha de preverse la transición de una a otra de forma gradual. Son elementos independientes, pero dentro de una estrategia general común. Al no haberlo hecho así, la dura realidad en Irak o en Afganistán puso de manifiesto que la rápida y aparentemente decisiva victoria militar no garantizó necesariamente un ambiente estable y propicio posterior y, por el contrario, elevó el grado de inestabilidad y dio lugar al comienzo de la resistencia y de una guerra de guerrillas urbanas y rurales.

Es condición necesaria para el éxito de la reconstrucción nacional la garantía de una atmósfera de seguridad. La seguridad es requisito imprescindible para el desarrollo económico, la creación de instituciones democráticas y el imperio de la ley. Para ello es importante el incremento de los efectivos militares con agentes civiles para garantizar la seguridad civil. El crimen organizado ha de ser combatido también por agentes especiales y lo mismo se puede decir del combate contra el terrorismo, para el que se precisa una fuerza conjunta cívico-militar. Estas iniciativas han de complementarse con un sistema penal para el que son precisos equipos de jueces y letrados, tribunales y sistemas de prisiones.

La seguridad es también fundamental para la asistencia a refugiados y desplazados, la restauración de servicios básicos y la reconstrucción de infraestructuras e instituciones. En los momentos iniciales los militares han de ocuparse provisionalmente de muchas de estas tareas de seguridad para facilitar la transición a la autoridad civil.

Fuerza para operaciones de mantenimiento de la paz

No es difícil adivinar que se necesita otra fuerza especializada además de la fuerza de combate, diseñada específicamente y equipada de acuerdo con las operaciones que se esperan después del conflicto. Ejemplo de ello es la actuación de los EE UU en Irak, de la incapacidad de las fuerzas allí desplegadas para prevenir los saqueos, el pillaje, la ausencia de leyes y la destrucción de la infraestructura civil básica.

La fuerza debe de ser flexible, de alta disponibilidad, autónoma y de diseño modular, integrada en los planes de campaña desde el principio y ha de encontrarse en el lugar preciso cuando se produzca la ruptura de la autoridad local, cuando no haya orden ni gobierno.

El apoyo logístico que necesite la fuerza dependerá del tipo de operaciones y de que en el teatro exista ya fuerza propia operando.

Las fuerzas de combate darán protección a la fuerza de paz ejerciendo una labor de coordinación entre ambas, facilitando una transición gradual hasta el repliegue definitivo de la fuerza de combate y la permanencia de la fuerza de paz.

Para apreciar lo complejo de la actuación de una fuerza de este tipo hoy en día, vemos las capacidades con que debe contar para atender a estas misiones no habituales en una fuerza convencional:

- Policía militar (apoyo al combate, internamiento, reubicación de unidades e investigadores criminales).
- Asuntos civiles, plantas de energía, sistemas postales, administración local y de justicia, agua, basura, energía nuclear.
- Operaciones psicológicas.
- Médicos.
- Ingenieros (apoyo al combate y construcción).
- Adiestramiento y asistencia a la seguridad (reconstrucción de la policía).
- Inteligencia y reconocimiento.
- Transporte y apoyo a las unidades.
- Coordinación con las fuerzas de combate de los aliados.
- Enlace con los representantes en las distintas agencias en el teatro.
- Unidades de desminado y EOD.
- Equipo de detección de amenazas químicas, biológicas (WMD).
- Equipos de manejo de asuntos sensibles, crímenes de guerra, búsqueda de armas.
- Asuntos mortuorios.
- Logística.
- Comunicaciones e información digitalizadas.
- Conocimiento de la región y expertos en la lengua local.

Ejemplo de formación técnica en nuevas guerras

Un ejemplo muy interesante de lo que se está haciendo en el área de la formación técnica-operativa podría ser el Centro Conjunto de Adiestramiento y Alistamiento (JRTC), en los EEUU, que tiene como misión procurar un adiestramiento lo más eficaz posible. Sigue la máxima «adiéstrate como combates y combate como te has adiestrado». Cuenta con 600 soldados veteranos, en su mayoría recién regresados de operaciones en curso, ya que la experiencia inmediata es de gran valor para preparar a los líderes y unidades para los combates futuros, recreando los escenarios y las circunstancias recién vividas.

Para mejorar las capacidades de adiestramiento y preparación para el combate tienen numerosos programas en marcha como el «Digital Multipurpose Battle Area Course», que culmina con experiencia de fuego real y evaluación práctica de los objetivos alcanzados. Son de gran ayuda asimismo las instalaciones de MOUT, operaciones militares en terreno urbano.

La zona de adiestramiento consiste en 18 «pueblos» de diferente forma y complejidad, con negocios, residencias, edificios municipales, avenidas, líneas de energía, túneles, ventanas, ruinas y basura. Cuentan también con la réplica de 5 bases operativas avanzadas para que el personal se adapte a cómo va a operar y vivir en el teatro de operaciones. Estos «pueblos» están «habitados» por 600 figurantes, muchos de los cuales son árabes-americanos, fundamentales para la recreación de los ambientes en los que el soldado va a operar.

Existe un Batallón de Infantería Aerotransportada asignado al Centro con la misión de actuar como fuerzas enemigas, muchos de sus componentes con experiencia de combate.

Aquí se entrenan también las Fuerzas de Operaciones Especiales tanto independientemente en sofisticados escenarios como conjuntamente con las fuerzas convencionales.

La guerra contra el terrorismo global hace necesario preparar a los líderes y a las unidades para esta clase de operaciones en un ambiente en el que la inteligencia es efímera y las operaciones de información lo condicionan todo. En el Centro se aprende a trabajar en un campo de batalla multidimensional donde conviven medios de comunicación amigos, neutrales y hostiles, donde se soportan continuamente las campañas de desinformación y donde líderes religiosos actúan con total libertad dando consignas incitando a la violencia. A esta explosiva mezcla, que pretende ser lo más verídica posible, se pueden sumar problemas étnicos, tribales, inmigratorios, etc. Todo esto es recreado en este Centro para formar al militar en las nuevas guerras.

Estas que se han descrito son las características de los conflictos que nos amenazan, las intervenciones en las que nos veremos involucrados y la forma en que se tratan de resolver o mitigar también desde la perspectiva de las acciones militares. Estas son algunas de las guerras que nos vienen.

CÁTEDRA JORGE JUAN

“El terrorismo internacional encuentra refugio en Internet”

El almirante Miguel Ángel Fernández dio una charla sobre los nuevos escenarios bélicos

La Cátedra Jorge Juan retomó ayer sus actividades después del verano. Su nuevo director, Adolfo Rey Seijo, contó con el almirante Miguel Ángel Fernández para impartir la conferencia inaugural. La charla, que llevaba por título “Las guerras que nos vienen”, reunió a numeroso público.

REDACCIÓN > FERROL.

■ Los conflictos bélicos abiertos en Irak y Afganistán son dos claros ejemplos de lo convulsionada que está la situación internacional. Tal como recordó ayer el almirante Miguel Ángel Fernández, desde hace poco en situación de reserva, “los muertos no cesan; hay más de 2.700 bajas de soldados estadounidenses en Irak”. El escenario actual poco tiene que ver con las

guerras que se libraron hasta el siglo pasado. De conflictos que surgían por motivos de expansión territorial o por la presencia de minorías étnicas, se ha pasado a la amenaza del terrorismo internacional y a una “guerra asimétrica”.

“Los estados tienen un enemigo difuso”, señaló el experto militar, al tiempo que apuntó que “el terrorismo encuentra refugio en Internet”. Desde este punto de vista, la red de redes puede considerarse un nuevo arma dentro de un escenario en el que ya no sirven las leyes internacionales y las reglas de guerra que la comunidad internacional consiguió crear a lo largo de la historia. “Cualquier virus (informático) se puede cargar la seguridad de un país”, explicó Miguel Ángel Fernández a modo de ejemplo.

La conferencia de Miguel Ángel Fernández y Fernández sirvió para inaugurar un nuevo cur-



El almirante, en un momento de su intervención

C. CARRALLEIRA

so en el aula de la Cátedra Jorge Juan, con sede actual en el Edificio de Servicios Generales de la Armada. Después de un año bajo la dirección de la profesora Araceli Torres, la Universidad entregó a

la Marina el relevo en la dirección del foro creado por ambas instituciones. El militar y médico Adolfo Rey Seijo se encargó, por tanto, de presentar a este primer ponente del nuevo ciclo.

Entrevista | Miguel Fernández

ALMIRANTE QUE HABLA HOY EN LA CÁTEDRA JORGE JUAN



JOSÉ PARDO

Miguel Fernández y Fernández, en su estudio de A Graña

«Hay que hacer la guerra preventiva a la pobreza y la intolerancia religiosa»

X.V.G. | FERROL

■ Es ridículo pretender resumir la biografía del almirante retirado Miguel Ángel Fernández y Fernández. Baste decir que nació en Vigo, ingresó en la Armada en 1958 y desempeñó numerosos cargos en la OTAN de máxima importancia. Ahora vive en A Graña dedicado a la pintura. Gran conversador, es un hombre de letras y armas, un guerrero ilustrado. Hoy habla de *Las guerras que nos vienen* en la cátedra Jorge Juan, en el edificio de servicios generales a las 19.30 horas.

—¿Cómo son las guerras que nos vienen?

—Serán guerras asimétricas. Los conflictos antes eran entre estados, pero ahora se desarrollan entre estados y grupos terroristas en un escenario que abarca todo el mundo. Internet juega un papel muy importante, porque permite a esos grupos comunicarse y dar órdenes a larga distancia.

—Y, ¿cómo puede lograrse la victoria?

—En primer lugar hay que evitar darle la razón a los terroristas, y luego hay que emplear medidas ofensivas y defensivas. Las primeras pueden ser accio-

nes preventivas, como la de Afganistán, que estaba justificada, aunque luego EE.UU. dilapidó su legitimidad con el ataque a Irak. La defensiva son todas esas medidas que nos hacen la vida más incomoda, pero más segura.

—¿Qué le parece la política exterior americana?

—EE.UU. es el único país que trata de hacer algo para hacer frente a las nuevas amenazas, pero veo discutibles las formas que emplea. No comulgo con Guantánamo, desde luego, ni con las motivaciones de la invasión de Irak. Además, soy un firme partidario de que la guerra preventiva debe emplearse también contra la pobreza, las desigualdades sociales y la intolerancia religiosa.

—¿Será válida la Armada para pelear estas guerras?

—En un escenario global las acciones se desarrollan a gran distancia. La participación de la Fuerzas Armadas será fundamental y el de la Armada, como ya se ha demostrado en las «nuevas guerras» existentes, Líbano, Afganistán... será clave para los despliegues rápidos, pero de larga duración, que se imponen.